



EL UNGIDO DE LA GLORIA EN CUNDURCUNCA

Por LUIS MARTINEZ DELGADO

Laureano Fernández de Córdoba, de la estirpe de los mismos apellidos que honraron la historia de España, descendía de Don Crisanto Fernández de Córdoba y "dio en estas tierras nuevas de la América un fruto de gloria de heroísmo y de bizarría digno de emular con el que por antonomasia ha sido llamado el Gran Capitán José María Córdoba, como se le conoce en los fastos de la guerra de la Independencia americana".

Nació el héroe en la Villa del Rio-negro en Antioquia, cuando ya la América, en movimiento emancipador sincronizado a todo lo largo y ancho del continente, despertaba de su secular letargo y se aprestaba a lucha tenaz y porfiada para lograr su independencia. Es de creer, descartadas posibilidades de error, que al hogar de Córdoba llegaban noticias, tema de diarios comentarios; que servía de pasto y comidilla a los patriotas de la Villa que tuvo en el pretérito una importancia que juzgamos superior a la actual. Lo cierto es que apenas cursada la primera enseñanza en la escuela de don Manuel Bravo se oyeron en Rionegro las cornetas que llamaban a los patriotas a la lucha contra las huestes españolas de la reconquista, capitaneadas por don Pablo Morillo. Córdoba, que no ignoraba las campañas de Miranda y de Bolívar, empuñó las armas, entusiasmado su espíritu por las lecciones de Caldas, que consagraban a la sazón su inteligencia y sus conocimientos, bajo el gobierno de don Juan de Co-



LUIS MARTINEZ DELGADO

Abogado de la Universidad de París, historiador, ensayista, autor de interesantes escritos sobre personajes y sucesos de Colombia; colaborador en distintas publicaciones, revistas y periódicos del país; miembro de número y expresidente de la Academia Colombiana de Historia; correspondiente de las Academias de Historia de Panamá, Ecuador y Santo Domingo, y de los Centros de Historia de Santander y Pasto, y de la Sociedad Geográfica de Washington; posee la Orden del Mérito del Ecuador y de la Sociedad Bolivariana de Colombia.

rral, a la fabricación de elementos de guerra.

Quince años contaba Córdoba cuando se enroló, bajo las órdenes de Maunel Serviez, en las fuerzas de Antioquia que se aprestaban a auxiliar a José María Cabal, para enfrentarse al realista Aparicio Vidaurrázaga que, procedente de Quito, había invadido el Sur de la Nueva Granada.

Enfrentados los ejércitos, la lucha fue tenaz, más la victoria de los patriotas la decidió una carga a la bayoneta. En esta acción se halló Córdoba con el grado de teniente. Después, iniciada la reconquista, vemos a Córdoba en las fuerzas de Serviez, en

momentos críticos desde todo punto de vista para la causa de los independientes, en una campaña llena de zozobra e interrogantes que lo llevó a los Llanos, último baluarte, en compañía de Santander y del mismo Serviez.

Reorganizado el Ejército patriota y proclamado el General Páez Jefe civil y militar, después del Gobierno nominal de Fernando Serrano, Córdoba quedó como ayudante del Comandante General. Al lado de aquel centauro—dice Gabriel Porras Troconis— se completó la formación varonil del adolescente a quien la Providencia destinaba a superar un día a todos los Generales de su tiempo, en audacia, valor personal, rapidez en la ejecución, tenacidad en la acometida y perseverancia en la acción. Córdoba —agrega—, en esa campaña de los Llanos, se robusteció físicamente, y moralmente se adiestró para la realización de las hazañas que más tarde lo colocaron a la cabeza de todos los valientes de su época.

No era Páez, en verdad, dado su carácter y, posiblemente, el medio en que actuaba, el llamado a frenar los ímpetus de sus subalternos que llegaron a cometer crímenes inexcusables, como el asesinato del Padre de Atanasio Girardot, circunstancia que movió a Santander, José María Salazar y otros a solicitar la debida autorización para dirigirse en busca de las Fuerzas regulares de Bolívar. Córdoba que había alcanzado el grado de capitán, no logró hacerse al pasaporte respectivo, en vista de lo cual tomó

la decisión de desertar para seguir la misma ruta de Santander. No se resignó Páez a perder al valiente oficial y ordenó su persecución. Apresado, se le siguió un consejo de guerra y se le condenó a muerte, de la cual lo salvó la mediación del Gobernador Civil de Casanare, Trinidad Travieso, y del famoso Pedro Carujo. Sin embargo, Córdoba logró su empeño de incorporarse al Ejército de Bolívar para continuar la campaña de Venezuela, bajo experta dirección.

Vinieron los desastres para los independientes, en una serie de acciones y de movimientos bien conocidos, que templaron su fortaleza física y moral hasta librar la memorable acción de Las Queseras del Medio, en donde Páez y sus lanceros se cubrieron de gloria imperecedera. La pluma —comenta el autor de Venezuela Heroica al referirse a esa acción— se estremeció al describir el suceso, la razón se resiste a creerlo; pero ahí está la historia, y la tradición, y los contemporáneos, y el testimonio de Bolívar, y medio siglo de incontestables alabanzas, y los mismos émulos de Páez que no se atreven a negarlo. Ciertamente, el corazón mejor templado se sobrecoge al leer las páginas de la Autobiografía de Páez cuando describe lo ocurrido en la inmensidad de la llanura ante los ojos del Libertador y el asombro de las tropas del Pacificador.

No hemos de seguir el curso de la campaña de 1819, que culminó en Boyacá, en la cual participó en forma

brillante Córdoba, desde luego que al Ocupar a Bogotá las tropas libertadoras fue designado por Bolívar para confiarle la libertad de la provincia de Antioquia, defendida por ejércitos regulares de la causa de España.

El General Soubllette, Jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador comunicó la orden respectiva a Córdoba, quien, con la celeridad que las circunstancias requerían, salió de la capital con cincuenta hombres comandados por el Capitán Carlos Robledo, a los cuales debían incorporárseles otros tantos, debidamente amunicionados, en la Ciudad de Honda. Córdoba iba también en persecución de los realistas fugitivos que se dirigían en busca del Magdalena, en marcha precipitada. Entre Honda y Nare logró capturar a setenta y seis soldados, sin hacer alto en su marcha en dirección a Medellín y Rionegro, al frente de ciento noventa y seis hombres de tropa bien dotados.

“Con la actividad propia de su carácter impetuoso —escribe el doctor historiador Porras Troconis— procedió Córdoba, tan pronto como llegó a Medellín, a llenar las numerosas funciones que le habían sido encomendadas; despachó al Capitán Robledo por la vía de Sabanalarga en persecución del realista Martínez (Faustino); el Capitán Juan María Gómez lo envió con treinta hombres a ocupar la región regada por el río Atrato, que por sus fáciles comunicaciones con la plaza de Cartagena ofrecía un peligro para la seguridad de la Provincia de Antioquia, y al propio tiempo se dedicaba a aumentar sus

tropas y darles la instrucción militar necesaria, con tanta actividad, que ya a mediados de noviembre podía escribir a Santander anunciándole que contaba con cuatrocientos veintinueve hombres aptos para el combate. Y no desatendía el lleno de sus deberes administrativos. Apenas llegado a Medellín nombró Gobernador Civil de la Provincia al doctor José Manuel Restrepo, y como este esclarecido patricio, que tan altas posiciones debía ocupar en breve en el Gobierno de la República tuviera renuencia para aceptar el cargo, se dirigió a Rionegro para convencerlo de que debía prestar sus servicios al país, y lo consiguió, posesionándose Restrepo”.

Al frente del Gobierno de la Provincia desplegó Córdoba gran actividad y puso de relieve sus capacidades administrativas, que tenían un sólido respaldo, pues conviene anotar que no obstante haber suspendido sus estudios iniciales, buen cuidado tuvo de no abandonar los libros, inclusive durante sus continuas actividades militares.

De ello da testimonio autorizado Posada Gutiérrez, y así se comprenden los conocimientos de Córdoba en francés y en literatura general, sin perjuicio de los que se referían a la ciencia militar.

Pero la misión principal que tenía Córdoba era la defensa de la Provincia de Antioquia, y en cumplimiento de su tarea libró la Batalla de Chorros Blancos contra las fuerzas de Warleta que, siguiendo instrucciones de Sámano, que

había iniciado una peligrosa invasión. Con razón ha sido considerada la acción de Chorros Blancos como una de las principales por su influencia decisiva en la guerra de la Independencia. Con todo, Córdoba presentía que necesitaba campo más amplio para sus hazañas, y así se lo había escrito a Santander: "Cuidado como usted va a creer un solo instante que el sin igual amor que yo tengo a la gloria, a la carrera de las armas y a todo lo que es grande, ha disminuído un ápice. ¡Cuidado! Me gusta mucho la campaña de Quito; téngame presente". Y comentando sus opiniones sobre Warleta, le decía: "Mi orgullo es tan grande que no es el estrecho círculo de Antioquia el que me cubra de gloria, o será Cartagena o Quito". En su interior comprendía, o vislumbraba cuáles serían en el porvenir los sitios en donde se cubriría de gloria, o quizás presentía en el subconsciente que era precisamente en Antioquia en donde años más tarde habría de escribirse una de las páginas más tristes y dolorosas de nuestra historia por manos torpes que pusieron fin trágicamente a la vida brillante del héroe de Ayacucho.

Los deseos de Córdoba expresados a Santander tuvieron cumplimiento al recibir instrucciones del Libertador para ocupar la parte Central de la Provincia de Cartagena, siguiendo el curso del Nechí y del Cauca, en un plan bien combinado para dominar a Cartagena en manos del sanguinario Sámano. Desalojados los realistas de Zaragoza, y dueño el Capitán Clemente

Jaramillo del Puerto de Nechí, clave de las entradas a las Provincias de Antioquia por el norte y de Cartagena por el Sur, Córdoba se movió de Rio-negro al frente de doscientos hombres que formaban parte del Ejército a sus órdenes. Sucesivamente fue ocupando a Mejagual y Magangué. Luego no obstante un serio revés, ocupó a Mompós, y en combinación con el General Maza trazó el plan para apoderarse de Tenerife, que dio renombre a este prócer, no obstante haberse manchado con hechos sanguinarios que no podían imputársele a Córdoba.

El triunfo de Tenerife —dice Porras Troconis— produjo a la causa de la Independencia nueve embarcaciones armadas en guerra, ocho mil cartuchos y trescientos fusiles; pero las aguas del Magdalena quedaron enrojecidas con la sangre de las víctimas de la saña inmisericorde de Maza.

Después del triunfo siguió Córdoba a Barranca e hizo retroceder a los realistas, que quedaron prácticamente, como le escribió a Santander, reducidos a la plaza de Cartagena. Desplazado del mando superior que le correspondía y que quedó en manos de Montilla, Córdoba, que en una serie de movimientos admirables que desconcertaban al enemigo, pacificó la costa desde el golfo de Morrosquillo y se incorporó al cuartel general de Montilla, en Turbaco.

El Libertador, con ojo avisor dispuso, concentrar la campaña sobre Santa Marta y, al efecto, Córdoba y Montilla dejaron a Turbaco, en donde fueron sorprendidos los patriotas y aniquila-

dos cobardemente, circunstancias que los obligó a volver al lugar de partida para contrarrestar el desastre. Pero ya Córdoba no pudo cumplir personalmente la orden de Bolívar, y vino a quedar frente a Cartagena sin poder actuar, pues el convenio de Trujillo y la regularización de la guerra lo mantuvieron en expectativa dedicado a la remonta de su batallón.

Ascendido Córdoba a Coronel quiso el Libertador ponerlo al frente de las operaciones militares de Santa Marta, en lugar de Montilla, a lo cual se opuso Santander, que desconfiaba del carácter atrevido del bizarro militar.

Aceptó Bolívar la opinión de Santander, y decidió que siguiera, en cambio, al sur a dirigir las operaciones sobre Pasto, lo que contrarrestó también el Vicepresidente. Error? Acierto? La verdad es que el Libertador escribió a Castillo y Rada: "... Por ahora no tengo otra idea que la de Córdoba: porque, aparte de su carácter violento, tiene muchas cualidades propias para ese mando, pues a Cartagena no la puede mandar sino un hombre muy hombre y a quien le tengan mucho respeto, sentimiento que inspirará el General Córdoba con mucha ventaja".

Lo cierto es que el destino tenía trazada la trayectoria militar del hijo de Rionegro, y después de no pocos incidentes en la campaña libertadora, que se aproximaba a sus éxitos finales, recibió Córdoba la orden de incorporarse a los Ejércitos que habrían de cubrirse de gloria en Pichincha y Aya-

cucho. "La figura hasta entonces borrosamente contorneada en la penumbra de la subordinación en cargos, inferiores se iba a delinear en breve, descubriendo al guerrero magno de las pujantes acometidas en las faldas del Pichincha y del Condurcunca".

"El águila sintió deseos de ir a pasear en otras lejanas tierras. Había mojado sus alas en las ondas del Orinoco; había cruzado llanos inmensos; había revoloteado sobre Boyacá, Cundinamarca, Antioquia y Cauca; Santafé le había visto cernerse triunfal y gloriosa sobre sus capanarios; el Magdalena había reflejado su vuelo sobre sus tranquilas aguas. Ahora, desde las murallas de la vieja y heroica ciudad, se sintió con fuerzas para ir a extranjeras comarcas a desgarrar sobre distantes cimas el pendón de los leones y de los castillos almenados.

Vió allá por el lado del Pacífico las cimas del Cotopaxi, del Pichincha, del Tunguragua, del Potosí, y al pie unos pueblos que luchaban por su libertad, y tendió su vuelo hacia esas latitudes"

El 17 de Enero de 1822 se embarcó Córdoba en Cartagena con el Batallón **Alto Magdalena**, con destino a Panamá, y el 10 de Marzo zarpó de la Bahía del istmo para dirigirse a Guayaquil, que había creado una delicada situación. El general Sucre, designado por el Libertador para asegurar la independencia de la antigua Presidencia de Quito que, según la Constitución de 1821, formaba parte de la República de Colombia, inició su memorable cam-

pañía contra los ejércitos del Presidente Aymerich, reforzado por Córdoba en la ciudad de Latacunga.

Hallándose el Ejército republicano en Turibamba, cerca de Quito, observando al enemigo, Córdoba resolvió temerariamente cerciorarse de la situación, y tomando su antejo de campaña se situó en un lugar que era blanco de la artillería enemiga. Su ayudante observó que su actitud era temeraria, a lo cual contestó el valiente militar, sin inmutarse: "déjelos usted tirar", en momentos en que una bala de cañón con certera puntería destrozaba al Capitán Pérez, cerca del sitio en donde se encontraba Córdoba.

Bien sabido es que Sucre gracias a movimientos estratégicos bien desarrollados, envolver el ala derecha de las Fuerzas de Aymerich y cortar las comunicaciones de los realistas con Quito y Pasto. La batalla decisiva de Pichincha se libró el 24 de Mayo de 1822; Córdoba fue uno de los héroes, al lado de Calderón, por su valor y actividad. Puede asegurarse sin hipérbole que a él debió Sucre observaciones fundamentales que decidieron la acción en favor de los Patriotas. En carta al general Santander el mismo Córdoba le informó: "... que cuando ya el enemigo coronaba la altura, y sólo sostenían el fuego dos compañías de Albión, parte de Paya, y soldados dispersos de los demás cuerpos, yo ya había formado y aguardaba orden de cargar; se me dió, cargué, hice huír al enemigo (soy muy ingenuo, éste estaba muy fa-

tigado y casi desfallecía); sobre la marcha reuní soldados de todos los cuerpos, bajé hasta la ciudad, y algunos restos del enemigo ocuparon el Panecillo.

Capituló, como usted sabe, y yo seguí la misma tarde a encontrar al Batallón Cataluña, que venía de Pasto; lo encontré al día siguiente y capituló conmigo, porque no creyendo la rendición de Aymerich, y no presentándole yo credenciales de papel, le presenté trescientos soldados, y su comandante se entendió conmigo". Córdoba, que no había sabido de cansancio ni fatigas, regresó a Quito, cumplida su misión en forma brillante, para recibir honores y alabanzas merecidos a los vencedores en Pichincha. El Libertador propuso el ascenso de Córdoba a General de Brigada, cuando éste no había llegado a los veintitrés años de edad.

Bolívar, libertada gran parte de la América, comprendió que no sería posible consolidar la independencia continental mientras subsistiera un solo baluarte realista. En el Perú la suerte de la guerra era indecisa.

San Martín se acercaba a su ocaso, víctima de la molición en la ciudad de los virreyes, en tanto que aparecía la figura traidora de Torretagle. El Libertador, con grandeza que reconoce la historia, enfermo en Pativilca, testigo de la situación se superó así mismo, como le era característico hacerlo al frente de la adversidad. Con decisión y grandeza de alma le dijo a Don Joaquín Mosquera, quien le preguntó que pensaba hacer ante el desastre, que

su revolución era triunfar. Y así lo hizo. Llamó a Córdoba y le planteó la necesidad de que marchara al Perú con el General Castillo. No vaciló el General, y se hizo cargo del Comando de una de las columnas. ¿Porqué? —le escribía a Santander— ¿no he de ir al Perú y luchar por la independencia y consolidarla?

“Las Fuerzas auxiliares colombianas se embarcaron en el Puná, cerca de Guayaquil, en los primeros días de Agosto de 1822, en las embarcaciones peruanas **Venganza** y **Moctezuma**, en número de mil ochocientos hombres, de los batallones **Pichincha**, **Yaguachi**, **Vencedores**, **Cazadores** y **Granaderos**, llevando como jefe divisionario al General Castillo y de columna a los Coroneles Córdoba y Lara. Todavía no había acordado el Congreso el grado de General pedido por Bolívar para Córdoba.

Las derrotas de Torata y Moquegua fueron desastrosas para la causa de la libertad, como lo fue la constitución del Gobierno de Riva Agüero, y hastiado Córdoba con una situación que no se compaginaba con su carácter resuelto, pidió y obtuvo su retiro de la división auxiliar, y siguió para Guayaquil, en donde se hallaba el Libertador, en momentos en que los pastusos levantaban de nuevo la bandera de la insurrección.

Bolívar dispuso que Córdoba partiera para el Sur de Colombia a unirse con Sucre para dominar a los pastusos. El indomable guerrero rompió la línea

de Yacuanquer, que hubiera sido un serio escollo para Sucre, restableciendo las comunicaciones con Quito y Popayán. Atacada Pasto, fue dominada, y de nuevo el Pabellón colombiano flotó sobre la indómita ciudad. Sucre, terminada la campaña, regresó a Quito, y Córdoba siguió a Popayán, a donde llegó en Enero de 1822 con instrucciones que personalmente debía poner en conocimiento del Vicepresidente Santander, en Bogotá. Quiso Bolívar que con esta oportunidad urgiese el Vicepresidente para que el Congreso aprobase el ascenso a General de Brigada de Córdoba.

Santander, por causas estudiadas y sin justificación, sustituyó a Nariño en la Comandancia del Departamento, llamando en su lugar a Córdoba. Santander explicó su conducta escribiendo al Libertador: “Con mucho ahinco espero a Córdoba, porque yo necesito de locos obedientes al Gobierno”. Inaceptable la explicación que afectaba tanto a Nariño como a Córdoba.

Vinieron después incidentes varios sobre la vida y actividades de Córdoba, que se vió obligado a moverse a diversos lugares hasta cuando, hallándose en Bogotá, fue designado ministro Militar y de Alta Corte, honor altísimo que aceptó sólo mientras no hubiera “ocasión de volar a los campos de batalla, donde únicamente creo poder ser útil a mi Patria”, según sus propias palabras que constan en la nota dirigida al general Pedro Briceño Méndez. Después, volvió la guerra, la segunda campaña sobre Pasto, la lucha

contra Agualongo y Merchancano y la gloria para Córdoba en una campaña dura, que él juzgó como la más interesante de su carrera militar, hasta el punto de concebir el propósito de escribirla.

Pero, el hombre propone y Dios dispone. La muerte y la tragedia se interpondrían en la realización del noble proyecto cuya falta ha de lamentar siempre la historia.

Sin que el sur quedara completamente en paz, libre de realistas, Córdoba siguiendo órdenes del Libertador, regresó al Perú, en donde lo esperaba sin conseguir la gloria, la consagración definitiva, en las faldas de Condurcunca.

En Marzo de 1824, cuando arribó Córdoba con sus tropas al Perú, Torretagle, Riva Agüero y Berindoaga habían traicionado la causa republicana pasándose a los Ejércitos realistas. Estos dominaban el país casi en su totalidad, si se exceptuaban parte del Departamento de Huánuco y el de Trujillo. O'Leary dice que diez y ocho mil hombres bien equipados, además de las guarniciones del Callao y de Lima, defendían la causa del rey contra los republicanos que en esos momentos confrontaban una situación casi desesperada, con un ejército de siete mil setecientos hombres "de todas armas y mil quinientos desplegados en guerrillas, comandados por la autoridad suprema del libertador".

Al final de una serie de movimientos estratégicos, con alternativas sucesivas favorables y contrarias para ambos

contendores, Sucre se encontró en una situación crítica: "estaba entre la victoria y la muerte. En la retirada había perdido más de seiscientos hombres, y el efectivo de su Ejército no alcanzaba a seis mil plazas. Los españoles-peruanos contaban con nueve mil hombres. Situado el ejército unido entre Huamanga y Huamanguilla, con las Cordilleras Oriental y Occidental sobre sus flancos, en un valle abierto, aunque accidentado por colinas y por barrancos profundos, podía ser atacado por su frente o su izquierda. Este lugar se llamaba Ayacucho y debía ser el último campo de batalla de independientes y realistas". "En la tarde del 8 de diciembre de 1824 los dos ejércitos acamparon en aquel sitio, que iba ya a ser famoso en los anales militares del mundo moderno".

Relata el General José Hilario López, compañero de Córdoba en la campaña de Juanambú, lo siguiente: Imagínese la belleza de aquel General de Veinticinco años en ese instante sublime. Con su ligero uniforme azul, sin más gala que su juventud y su espada, agitando con su mano derecha el blanco sombrero de jipijapa y guiando con la izquierda el favorito castaño claro habituado por él a cabriolar y a saltar; su rostro encendido, como el de Apolo, fulminaba el coraje de su alma, y sus palabras vibraban como el rayo por aquel horizonte de pólvora y de truenos en que íbamos a envolvernos. Repetida por cada jefe de cuerpo la inspirada voz, la banda del Voltígeros rompió el bambuco, aire nacional co-

lombiano con que hacemos fiesta de la misma muerte; los soldados, ebrios de entusiasmo, se sintieron más que nunca invencibles; y entre frenéticos vivas a la libertad y al Libertador, que eran nuestros gritos de guerra, avanzó recatamente esa cuádruple legión de enconados leones, reprimida hacía casi dos horas por la diestra mano de su jefe. En esos momentos se oyó la orden de Córdoba: "Soldados: armas a discreción, paso de vencedores".

* * *

Uniforme son las opiniones autorizadas del General Miller; de O'Connor del historiador chileno Bulnes, de Bartolomé Mitre, argentino no muy celoso de la gloria del libertador, de Larrazabal el venezolano y de cuantos fueron testigos de la hazaña incomparable de Córdoba que, nimbado ya con la gloria, al frente de sus soldados trepa la altura del Cundurcunca y hace prisionero al Virrey Laserna.

Ya nada podían los realistas, y al caer la tarde, Medeanilla solicitó, en nombre de Canterac, que se creyó invencible, una capitulación, que fue concedida por Sucre con extraordinaria magnanimidad.

Digno es de anotar que en el campo de Ayacucho quedaron mil cuatrocientos realistas muertos y setecientos heridos, en tanto que los patriotas perdieron trescientos muertos y seiscientos heridos. "La cuarta parte de los combatientes quedó fuera de combate. Pocas batallas se registran en los anales militares del mundo con tal alta pro-

porción de desplazamiento, y quizá ninguna otra, excepto Boyacá, con tan abundante cosecha de resultados definitivos para el triunfo de una causa".

Sucre escribió al Libertador: "He creído una justicia nombrar al General Córdoba sobre el campo de Batalla, General de División".

"Y pensar que esta figura juvenil y esclarecida —dice la clásica pluma del publicista colombiano Leureano García Ortiz—, en cuyos ojos azules se concentró la epopeya entera de un Continente que se liberaba entre la más estruendosa tempestad, y en cuyos rubios cabellos los besos de la gloria dejaron sus aromas, viniera a ser la víctima de la primera de nuestras guerras civiles, a manos de un celta bárbaro y cruel, ignorante de su sacrificio, como aquellos antepasados que al hacer irrupción en las ciudades augustas mutilaban las Venus y decapitaban los Apolos, flores sublimes de civilizaciones seculares". y pensar —agregamos nosotros— que el Mariscal Antonio José de Sucre, la figura más pura de la guerra magna, habría de caer cobardemente asesinado en la montaña de Berruecos a manos de viles sicarios al servicio de la figura sombría de Juan José Flórez, el gran traidor. Y pensar que años más tarde el gallardo Coronel Salvador Córdoba, hermano del héroe, caería también ultimado a balazos.

Entre los honores otorgados al Libertador y a los vencedores en Ayacucho está la manifestación de los pueblos agradecidos de la paz. Una corona

de oro, de hojas de laurel adornada con brillantes, fue colocada sobre las sienas pensadoras del Libertador, quien la pasó al General Córdoba.

“El Libertador de Colombia y del Perú —dijo el héroe— ha colocado sobre mi cabeza la corona cívica que, con los más vivos sentimientos de amor patrio, remito a V. I. para que este monumento de la generosidad del Libertador y de mi gratitud a mi Patria, lo haga V. I. depositar en la sala de sus despachos. Yo no hubiera sido capaz de recibir ese honor sagrado sobre mi cabeza, porque no lo merezco, si no se hubiera puesto como el jefe de los dos mil bravos que arrollaron a seis mil bravos que arrollaron a seis mil de los vencedores en catorce años, porque cada valiente de aquellos es digno de tamaña recompensa. Ya he tenido la dicha de ser el escogido por S. E., el Libertador, para recibir la corona del triunfo de la segunda división de Colombia, ¿en qué lugar más digno deberá colocarla que en la sala capitular de la ciudad en que nació? Así, estos momentos son para mí el colmo de la dicha y el placer...”

Esa joya artística e histórica la hemos visto en Rionegro, depositada en una caja fuerte de la agencia del Banco de la República, guardada en forma poco decorosa, oculta a la admiración de cuantos visitan la ilustre ciudad. Y no faltó quien pensara que Rionegro podía disponer de ella. Es lástima que Rionegro haya mirado con desdén la sugerencia que hicimos con varios miembros de la Academia Colombiana

de Historia con ocasión de un homenaje al prócer Juan del Corral, para fundar un museo de carácter histórico en lugar apropiado y con las debidas seguridades, destinado a fomentar la cultura y la conservación de invaluable objetos y tesoros que están en peligro de perderse, como acontece en muchos otros lugares de la República.

Después de la jornada de Ayacucho, Córdoba quedó al frente de las Fuerzas estacionadas en Bolivia, al lado de Sucre, Magistrado de la nueva República, país que deseaba abandonar para presentarse en Bogotá a defenderse de una causa que se le seguía por haber fusilado en Popayán a un desertor del ejército. Consiguió al fin la necesaria autorización del Libertador y de Sucre, y, después de un viaje penoso y meritorio en favor de la causa de la libertad, de Esmeraldas a Quito, llegó a Popayán y siguió a Bogotá, en donde quedó a salvo su conducta.

Después aparece Córdoba del lado de la dictadura de Bolívar con la idea de que ésta le fuera conferida por ministerio de la ley. “Yo no se, para qué es la Fuerza Armada —escribió a su hermano Salvador—, en una sociedad, si no es para sostener sus leyes y su gobierno, para apoyar el libre ejercicio de todas las funciones gubernativas y para sostener todas las operaciones que resulten en su Constitución y en sus leyes, y para la defensa común en caso de invasión externa o conmoción interna; y me parece que todo el mundo debe encontrar delito de alta traición en un proceder con-

trario a las bases que he citado; si no fuera así no me encontraría criminal el señor Bustamante (el jefe sublevado al frente de la división a su mando en el Perú) y compañeros del motín de lima, ni puedo adivinar con qué objeto se crearían los ejércitos en las naciones.

Ninguna representación del ejército me a gustado; nadie es más amigo del orden y de los principios que yo". La adhesión de Córdoba entonces al Libertador era, sin duda, sincera, y fue así como el mismo Libertador lo nombró subsecretario del Ministerio de Guerra, formando parte del Gobierno y colaborando entre otros proyectos en el de la apertura de un canal interoceánico en el Istmo de Panamá. Más pronto, para desgracia de Córdoba, habría de orientarse por otros caminos.

El año aciago de 1828 dictó el Libertador, con fecha 27 de Agosto, el famoso decreto sobre el ejercicio de la dictadura. Los partidarios de la Constitución desconocida, entre los cuales figuraba el General Santander iniciaron, a poco andar, la oposición, que fue acentuándose hasta llegar a la conspiración en la noche del 25 de Septiembre. Los comprometidos a juzgar por las declaraciones que años más tarde le hiciera uno de los conjurados, Don Mariano Ospina Rodríguez, al Doctor Carlos Martínez Silva, y que constan en carta de este último a Cordovez Moure, no sólo se oponían a la dictadura sino que consideraban intolerable la bota militar de la oficialidad venezolana, que juzgaba tener de-

rechos sin limitaciones de ninguna clase.

Un poco confusa fue la actitud de Córdoba en la noche septembrina, pues en el primer momento creyó que el Libertador había sido asesinado, o que se hallaba en poder de los conjurados. Más tarde el destino se aprovechó de consejas para precipitar la defección de Córdoba del lado de la causa del Libertador.

El primer impulso de Bolívar, al regresar al Palacio, fue el de hacer dejación del mando, a lo que se opusieron amigos, Ministros y altos Oficiales que no veían clara la verdadera situación. Lo cierto fue que el Libertador desistió de su propósito, y el día 26 de Septiembre dictó un decreto derogando el de fecha 27 de agosto, "orgánico de la dictadura", y estableció claramente el predominio de la voluntad del mismo Libertador. Comenzó así la ruina de la República.

Córdoba fue llamado a integrar el tribunal que debía juzgar a los conspiradores, tribunal que procedió con mano de hierro, como es sabido. La historia ha hecho muchas rectificaciones y ha dejado aclarados procesos que por muchos años fueron tenidos como infamantes.

La rebelión de los Generales José Hilario López y José María Obando contra la dictadura, en el sur de la república, obligaron a Córdoba, en cumplimiento del deber, a dejar su alta posición oficial en el Gobierno para dirigirse a Popayán a hacer frente a la

revolución. "Tal vez —escribe con elegancia Porras Troconis— cuando Córdoba llegaba a Popayán a combatir a los temibles insurrectos, el mismo augurio le anunció al desprevenido guerrero las asechanzas que iba a poner en su camino el despecho de otro liberto (alude a la traición de Filólogo con Cicerón), no menos perverso que el que puso un trágico silencio a la límpida elocuencia del más grande orador romano".

Con la celeridad acostumbrada, en marchas forzadas y en atrevidos ataques, las Fuerzas de Córdoba entraron en Popayán y dominaron prácticamente la situación. Más la paz no era una realidad, de manera que cuando Bolívar partió de Bojacá con la intención de ponerse al frente de la campaña contra el Perú, consideró prudente atraerse a los rebeldes por los medios de la diplomacia, como en efecto lo hizo con éxito, valiéndose como intermediario con Obando y López, de los señores Belisario Gómez, José María Urrutia y José María Gruesso.

Hallándose en Pasto el Libertador, Sucre triunfó sobre los peruanos en Tarqui, siendo él el autor de la victoria que pretendió para sí el tiranuelo Juan José Flóres, que tuvo la osadía de pregonar su fallida hazaña cuando ya veía la posibilidad de adueñarse del Ecuador, eliminando, si fuera necesario, a todo posible competidor.

Desde entonces pesaba sobre la cabeza del Mariscal de Ayacucho la sentencia traidora de muerte.

En esa época, desvanecida la ilusión acariciada por Córdoba de volver al Perú a combatir, comenzó a transitar por el sendero peligroso de la insurrección. Se fue tejiendo una red de intrigas, encaminadas a minar la lealtad de Córdoba al Libertador, explotando chismes, en lucha por predominios personales el ánimo de Bolívar.

Tristes empeños que tendrían fatales consecuencias. Lo cierto fue que en la mente del héroe fue abriéndose camino la idea de ser él el llamado por la Providencia para ponerle término a la dictadura e imponer la vigencia de la Constitución y de las leyes, obra que no pudo realizar la fracasada Convención de Ocaña.

Los hechos se precipitaron rápidamente. Embriagado Córdoba con los aplausos de un grupo de sus admiradores que escuchaban de sus labios ataques fuertes contra la dictadura y contra el mímico Libertador, bien pronto pasó de las palabras a los hechos, organizó la resistencia armada, y se apoderó con audacia de la ciudad de Medellín. Creyó que al proclamarse contra la dictadura lo seguirían los pueblos, y falló en su cálculos. Presintió entonces el desastre y escribió en una proclama dirigida a los venezolanos, granadinos y habitantes del Ecuador, las siguientes frases: "...Yo cuento con vuestros esfuerzos: si me abandonáis seré víctima del honor, de mi deber, de mis sentimientos: marcharé al caldoso con la impavidez con que mil veces me he presentado al enemigo;

moriré, sí, pero la historia dirá que el General Córdoba ha hecho el sacrificio de su vida antes de faltar a sus juramentos "Antes morir que ser esclavos"; marchemos al campo, y reine el tirano sobre nuestras cenizas, pero no sobre nuestras almas."

El Consejo de Gobierno organizó la resistencia y confió a O'Leary el Comando de las Fuerzas destinadas a dominar a Córdoba. Intentos hechos para hacerlo volver sobre sus pasos fueron inútiles. La suerte estaba echada, y la decidirían las armas en el campo de El Santuario. No podía dudarse del resultado adverso para Córdoba, quien afirmó que si no era posible vencer,

si era posible morir, gloriosamente. Por desgracia Córdoba se decidió por morir pero jamás pudo pasar por su mente que sería asesinado cobardemente por la mano de un sayón cuyo nombre, Hand, conserva la historia para vergüenza eterna de quien lo llevó.

Desgraciadamente, en las páginas del **Proceso de Hand** hay densas sombras sobre O'Leary. Terminó así la vida del más gallardo de los jefes colombianos de la época de la guerra de Independencia. Sucumbió asesinado por un beodo de las tropas de O'Leary, que no pudo comprender la enormidad de su delito, ni la gloria que circundaba la sienes del "bravo de los bravos".